

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Salud Cabrera Juan, 84 años

Noelia Carmona Tercero, 21 años

LA BELLE EPOQUE

La primera vez que vi a Salud Cabrera Juan no hubiera imaginado que esa entrañable anciana de 84 años y mirada serena pudiera aportar tanto a mi corta experiencia. Su cabello deja ver la huella que ha dejado el paso de los años y su rostro enmascara el recuerdo de mil batallas. Ella a mi edad ya había pasado una guerra civil, había visto morir a su hermano menor por un obús y había trabajado como voluntaria en la Cruz Roja con la única esperanza de que alguien pudiera tratar igual de bien a sus tres hermanos que luchaban en combate como ella hacía con los demás. Tuvo que pasar el mal trago de recibir un certificado de defunción de su segundo hermano. Años más tarde, descubriría que estaba vivo y que permanecía en un campo de concentración.

“Durante la guerra viajábamos mucho”, me empieza a contar mientras me invita a pasar a su habitación en la residencia para mayores de Almazora, su ciudad natal. “Estoy aquí desde que la abrieron”, me comenta. Como una anfitriona me enseña lo que se ha convertido en su casa, sus apenas ocho metros cuadrados repletos de recuerdos y de vida anhelante de aflorar a la luz.

“Todavía recuerdo el estruendo de aquel tren descarrilar en Extremadura, las calles soplaban aliento de guerra, murieron muchísimos, perdí la cuenta de una sola ojeada, era un tren lleno de soldados, se veían brazos, pies, era todo una aglomeración de voceríos, caos y confusión”. Todavía se estremece y se le eriza la piel al recordarlo, yo me estremezco también al ver el semblante pálido al que cambia su expresión. “Yo era joven, demasiado joven para ver aquello, son recuerdos que te golpean la mente y no hay manera de borrarlos. Hubo un bombardeo en Nules, vimos caos, horrores de la guerra”. A Salud le abruman los recuerdos que le vienen a la mente.

Al finalizar la guerra abrieron la carnicería familiar que tuvieron que cerrar en el 36. Salud compaginaba su trabajo en la carnicería cuidando a tres enfermos hasta que su madre enfermó de colitis crónica. Sus padres murieron con ocho días de diferencia y sólo le quedaban unas amigas que conservaba de su estancia en la Cruz Roja de Castellón. Por mediación de esas chicas fue como conoció a Vicente Ballester en el 58. “Ese hombre me ofreció trabajo en Francia”. Me comenta, “así fue como fui a parar a la Rue San Pidier. Era un colegio de monjas donde recogían a las chicas para buscarles trabajo. No me gustaba estar allí porque pasaba hambre. Estuve cierto tiempo en hospitales, hoteles, cuidando niños. No ganaba mucho dinero pero sobrevivía”. Salud paso así la posguerra, se encontraba sola, en una ciudad extraña, como ella dice no era peor que lo que había vivido hasta entonces así que tampoco le parecía tan malo. “No tenía nada a lo que regresar ni tampoco lugar al que dirigirme así que no se me antojaba cambiar de situación, no conocía otra mejor”. Solo sabía que se iba a levantar cada mañana y que iba a seguir respirando hasta que acabara el día, sin ilusión y sin esperanza. “Una tarde volviendo a casa del trabajo escuchaba cantar en la radio de un bar a Gloria Laso, una española muy famosa en Francia por aquella época, yo la escuchaba y me ponía a llorar, no sabía muy bien por qué, la melancolía es algo que le viene a una sin esperarlo” recuerda Salud mientras mira por la ventana. Su sonrisa aún conserva los vigos de la juventud. “Conseguí un trabajo cuidando a un niño por 3.000 pesetas en el año 60, tengo manía de que el dolor de este brazo me viene entre el aspirador y el niño”. Salud se agarra el brazo derecho y frunce el ceño con gesto alicaído.

“Casualidades de la vida empecé a trabajar en la casa del restaurador de la Torre Eiffel, estuve siete años allí, era como de la familia. De repente el destino me tenía preparada esa sorpresa. Para mí aquello fue como tener un pedacito de cielo, allí pasé a comer el caviar con cuchara. Tenían en Antib una villa a la que íbamos en coche dos o tres veces al año. Veraneábamos allí. Durante mi estancia conocí a múltiples personalidades famosas, ¿Quién me lo iba a decir a mí?”, el brillo de sus ojos refleja el recuerdo de la Torre Eiffel anclada en sus retinas, su expresión se ilumina al recordar todo lo que vivió durante esa época y se me contagia esa sonrisa satisfecha de sentirse afortunada.

“Conocí al Duque de Windsord, a Isabel de Inglaterra, a la Begún, al Aga Kan. Todo el que iba a visitar la Torre venía a cenar a casa de mi jefe, o le servíamos en el restaurante de la Torre. Íbamos a restaurantes especializados en coche con mi patrón. Aprendí a cocinar en el restaurante de la Torre Eiffel y tengo el título

Recordar, compartir, aprender

de cocina francesa, incluso aprendí algo de cocina italiana. Aquí no saben cocinar, desde que ingresé en la residencia casi no como” me cuenta con desidia y gesto apático. “También conocí a Maurici Sabater, Fabiola y el marido, incluso el mismo Dalí comió en mi casa, Luis Mariano, todos iban a la Torre, Disney también. Conocí a un embajador de Rusia que era el que nos traía el caviar. Mi patrón tenía un libro al que yo llamaba el libro de oro, con las firmas de todos los famosos que nos visitaban”.

Salud no cabe dentro de ella al recordar todo lo que vivió durante esos años. Una mujer con carácter, fuerte, avanzada para su edad y con la mente despierta. “A pesar de que no he parado de trabajar en toda mi vida no puedo decir que ha sido mala. París me dio la vida que me arrebataron aquí. No me dejaron crecer como una niña normal, como crecen ahora, tuve que huir en busca de algo por lo que valiera la pena vivir. Es increíble descubrir de lo que es capaz uno cuando se lo propone, siempre se sacan fuerzas”. Salud me explica cómo en la vida a veces hay que ir encajando los golpes, que según ella hay muchos y alegrías muchas menos.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

¿Salud que tiene usted que decir de la vida? ¿Qué es lo que merece la pena de la vida?

Por todo lo que me ha tocado vivir, me gustaría mandar un mensaje para los jóvenes, por favor que tratéis bien a los inmigrantes. Ahora vienen muchos, mi sobrina les tiene manía por culpa de unos pocos que hacen daño, pero no son malos, no los tratéis así. Lo pasa uno muy mal cuando esta lejos de casa para que encima le digan a uno que es un mangante. Ya tienen bastante buscando un lugar digno que hacerse en la vida, ¿no es suficiente ya con tener que buscar trabajo, mandar dinero a sus familias para que encima la gente los trate mal?. La gente de aquí ya no se acuerda de cuando éramos nosotros los inmigrantes que íbamos fuera. Es muy difícil y la gente es muy racista. Lo que tenemos que hacer es ayudarles, ponernos en su lugar, somos personas. Cada día leo barbaridades que les hacen, y se me encoge el alma. Yo fui una inmigrante y como yo muchos españoles también., y no hay derecho a que ocurran cosas así.

Respecto a la vida, para mi es como uno se la coge, la suerte tiene mucho que ver pero de entre lo que te toca has de saber sacar el máximo jugo posible. Es uno mismo el que se construye su vida. Yo agradezco a Francia, pero fue mía la decisión de ir. No hay que conformarse, siempre se puede estar mejor y sobre todo mucha paciencia, gran virtud para quien la posea. La vida requiere de mucha paciencia.

En la vida te encontrarás con muchos retos y no hay un camino directo a la felicidad, por eso hay que atesorar cada momento que vivimos. El tiempo pasa muy rápido y a tu edad aún pasa más rápido por eso procúrate una vida buena porque cuando seas vieja como yo sólo te quedará el recuerdo de lo que has vivido.